

Cincuentenario de la Asociación Colombiana de Medicina Interna (ACMI) Mi visión personal

ROBERTO ESGUERRA • BOGOTÁ, D.C.

Con base en el recuerdo de mis vivencias intentaré transmitir parte de la historia de la ACMI, así como algunas peculiaridades de la evolución de la medicina interna colombiana en estos años. Debo advertir que lo haré desde la perspectiva que ofrece la esquina de mi memoria, con el toque que le confieren mis afectos, por lo que necesariamente está impregnada con un sesgo personal.

Mi contacto con la medicina viene desde mi primera infancia, por mi padre Gustavo Esguerra Serrano, médico urólogo, profesor emérito de la Universidad Nacional. Siendo aún muy niño escuché de sus labios el nombre de José María Lombana Barreneche, reconocido por todos como el padre de la medicina interna nacional, jurado de su tesis de grado en la Universidad Nacional. Naturalmente también por su boca conocí a su tío el profesor Carlos Esguerra Gaitán, ese otro gran pionero de la medicina interna colombiana, quien había muerto pocos años antes de mi nacimiento. Roberto De Zubiría ha recordado la famosa polémica en torno a la fiebre tifoidea y el tifo exantemático, en la que Lombana y Edmundo Rico, su jefe de Clínica, consideraban que se trataba de una patología única, mientras que Esguerra y Luis Patiño Camargo, su jefe de Clínica, sostenían lo contrario; mas adelante las importantes investigaciones del profesor Patiño Camargo demostraron la presencia de las rickettsias en Colombia, otorgándoles la razón.

Tuve la desgracia de perder a mi progenitor cuando yo apenas iniciaba mis estudios de medicina, una insuficiencia cardíaca congestiva, acabó con su vida de manera prematura. Fue su médico su discípulo Adolfo De Francisco Zea, quien hacía poco tiempo había regresado al país de especializarse en el Instituto de Cardiología de México.

Así fue mi primer contacto con ese gran humanista, destacado cardiólogo y eminente historiador que presidió la ACMI entre 1966 y 1968. La calidez humana con que siempre le vi atender a su paciente, su dedicación y su acertado juicio clínico; la manera cuidadosa de examinar, su interrogatorio minucioso, pero sobre todo la forma como se comunicaba con el enfermo y con su familia fueron para el estudiante de primero de medicina un recuerdo imborrable, envuelto en la memoria con el agradable aroma que desprendía su pipa permanentemente prendida. Mucho he compartido luego en la vida con Adolfo y cada vez admiro más su humanismo, su cultura y su don de gentes. Afortunadamente su fecunda pluma continúa publicando numerosos libros y escritos que recogen algo de su vastísima cultura y que salvarán del olvido muchos episodios de la historia de la medicina colombiana.

Mi padre falleció en enero de 1965, en el cementerio central de Bogotá, alguien a quien yo no conocía hasta entonces, improvisó ante su tumba un emocionado y erudito discurso destacando sus virtudes de médico y profesor. Ese hombre impecablemente vestido con traje oscuro con chaleco, que usaba el idioma de manera elegante y precisa, era por aquel entonces el presidente de la ACMI (1964-1966), el profesor Gustavo Montejó Pinto. Pude conocerlo mejor desde entonces y constatar su erudición y su sapiencia clínica.

Desde mis primeros años como estudiante de medicina de la Universidad Javeriana y luego como interno y como residente de Medicina Interna del Hospital Militar Central marcaron mi vida médica algunos internistas con quienes tuve la fortuna de encontrarme, verdaderos maestros en el sentido amplio y universal de la palabra, es decir: de mérito relevante entre los de su clase, personas excepcionales como médicos y como seres humanos.

De esos años sin duda alguna es inolvidable la figura menuda, adusta y seria de Rafael Carrizosa Argáez en su consulta de Medicina Interna del Instituto de Cancerología. Distante

Conferencia "Jimeno Ramírez" Curso de Medicina Interna, Capítulo Central ACMI, 29 de agosto de 2008. Bogotá D.C.
Dr. Roberto Esguerra Gutiérrez: MD, FACP.
Ex Presidente ACMI Bogotá, D.C. Director General. Fundación Santa Fe de Bogotá.

pero muy humano, metódico en el interrogatorio, minucioso y extremadamente cuidadoso en el examen físico, que en aquella época realizaba siempre con guantes quirúrgicos. Hombre de pocas palabras empleaba los términos precisos para describir la patología del paciente, ni una palabra de más. Desarrollaba fácil empatía con los enfermos quienes además de respetarlo lo querían mucho.

Su disciplina de estudio, que conservó durante toda la vida, comenzaba muy temprano en las madrugadas; luego de las jornadas hospitalarias acudía a su consultorio y siempre tenía tiempo para visitar a los enfermos en sus casas. Su formación médica y clínica fue en Alemania, principalmente en Hamburgo y creo que muchos de los rasgos que lo caracterizaron tenían su origen en la rígida formación germana.

Lo conocí más de cerca gracias a una amistad familiar y a ser tío de mi querido amigo de toda la vida Eduardo Carrizosa Alajmo; tanto que cuando ya al final de su carrera y en los últimos años de su vida, su amigo y compañero de colegio en Europa, el presidente Alfonso López Michelsen, le nombró embajador en Austria, Eduardo y yo le tomamos en arriendo su consultorio, en el Consultorio de Especialistas de la calle 43 con carrera 13.

También durante mi formación en la Facultad de Medicina de la Universidad Javeriana tuve contacto con internistas generales que fueron grandes ejemplos, recuerdo con particular agradecimiento a Carlos Argáez, “Chepe” Hernández, Carlos Jiménez, Héctor González, Manuel Ruiz y José Loboguerrero, primero en el Hospital San Ignacio y luego en el San José y en la facultad de medicina de la Universidad del Rosario. Ellos marcaron generaciones de estudiantes con sus enseñanzas y su ejemplo de Internistas integrales y transmitieron a muchos la pasión por la clínica.

Capítulo especial merecen Roberto y Eduardo De Zubiría a quienes muchos internistas conocimos en las rotaciones por el Hospital de La Samaritana. Ambos fundadores, ex presidentes y miembros muy activos de la ACMI en todas sus épocas, han creado una verdadera “escuela” que sigue formando internistas activamente, guiados por su ejemplo y estimulados por su vocación.

Indudablemente todos ellos influyeron en mi determinación de ser internista. Pero fueron mis rotaciones por el Hospital Militar Central y la impresión que me produjeron tanto su Departamento de Medicina Interna, como sus especialistas de aquella época, los que definieron mi determinación por la medicina interna y por el lugar donde quería hacer mi residencia. Transcurrido tanto tiempo desde aquel julio de 1970, hoy no tengo la menor duda al afirmar que el Departamento de Medicina Interna del Militar en ese momento era de lejos el mejor del país y probablemente de toda esta región del mundo.

El ambiente que se respiraba estaba impregnado del pensamiento clínico con una visión holística del enfermo, fundamentada en unos sólidos conocimientos. Era la escuela formada alrededor de las lecciones diarias del “profe” Pablo

Elías Gutiérrez Angel. Alcancé a disfrutar de esas enseñanzas durante varios meses, especialmente en la revista de los miércoles en la mañana cuando recorría los diversos pisos de medicina interna para conocer y discutir los casos difíciles que le presentábamos los residentes.

Pablo Elías Gutiérrez era un clínico excepcional. Su formación había sido en la Universidad Nacional a donde llegó desde su natal Salamina en Caldas. En la Nacional fue practicante interno en enfermedades tropicales y clínica general, allí continuó su brillante carrera académica y docente como profesor, decano y rector encargado.

Cuando lo conocí tenía una apariencia impactante: de estatura más bien baja, el pelo totalmente blanco y abundante, que usaba bastante largo, contrastaba con sus gruesas cejas negras y su mirada penetrante resaltaba en el aire bonachón en su rostro. Sus opiniones sobre los pacientes eran precisas y sus diagnósticos certeros, como lo ha recordado Hernán Torres uno de sus privilegiados discípulos más cercanos: “Nos dejaban perplejos sus aciertos... pero no era dogmático. Más bien era una delicia discutir con él las posibilidades diagnósticas de los casos difíciles”.

Tal vez hoy resulta exótico para muchos jóvenes hablar de las tablas de logaritmos, aquellos pequeños libritos, plagados de columnas con números que conocíamos por primera vez en el bachillerato, al tiempo con la regla de cálculo. Los logaritmos simplificaban los cálculos matemáticos muy complejos, como los de algunas fórmulas de parámetros fisiológicos. Pues bien, en alguna ocasión cuando discutíamos un caso, el doctor Pablo Elías solicitó al residente que realizara uno de estos cálculos, a lo que éste respondió que no podía hacerlo porque no tenía la tabla de logaritmos. “Es que no se necesita”, fue su respuesta mientras lentamente se ponía de pie para dirigirse al tablero, desde donde nos dio una clase impecable sobre el fundamento lógico de los logaritmos, que permitía deducirlos de una manera relativamente simple. Chapeau!!

Inolvidables lecciones que influyeron en toda una generación de médicos formados en el Hospital Militar. Probablemente hacia 1972 dejó de asistir al hospital de manera asidua para hacerlo ocasionalmente, hasta que poco a poco dejamos de verlo. La última vez que lo vi fue en su apartamento cerca de la ciudad Universitaria de Bogotá, en donde lo visité con el doctor José María Mora, por aquel entonces presidente de la ACMI y yo su secretario. Le llevábamos el diploma de miembro Honorario de la Asociación. Fue un rato muy grato, lleno de recuerdos, de anécdotas y de amistad. Poco tiempo después falleció.

Dirigía el Departamento en aquel entonces Guillermo Lara Hernández, brillante cardiólogo de quien me impresionó siempre su porte, su elegancia natural, que se expresaba desde su forma de caminar hasta en la de fumar, porque en aquellas épocas los médicos fumábamos! Siempre pensé que si alguien que no lo conociera lo topara en la calle, inevitablemente tendría que pensar que ese caballero era un médico. Ese talante que se manifiesta en actitudes, en pala-

bras, en gestos, compone un conjunto que Lara Hernández personificaba naturalmente.

La escuela del Militar, por contraste a los internistas de formación nacional o de escuela europea, que habían dominado el escenario de la medicina nacional hasta el final de la primera mitad del siglo veinte, era mayoritariamente norteamericana. Casi todos sus miembros habían hecho su especialización en Estados Unidos y que yo recuerde muy pocos se habían formado solamente en el país y tal vez uno o dos en Europa.

El doctor “Morita”, que por afecto así le decimos discípulos y colegas al doctor José María Mora Ramírez, ha sido un internista toda la vida, aunque fue simultáneamente pionero con Hernán Torres de la nefrología moderna y de la hemodiálisis en Colombia. Llegó a la jefatura del Departamento a comienzos de la década de los setenta, miembro muy activo de la ACMI, la presidio entre 1980 y 1982, años en que tuve el privilegio de ser su secretario. Permanente colaborador de Acta Médica Colombiana y asiduo asistente a todo evento científico que reúna a internistas o nefrólogos, continuó enseñando a estudiantes y residentes en la Universidad Javeriana hasta marzo pasado, cuando su salud lo obligó a dejar la docencia y la práctica profesional que aún mantenía.

Su acertado criterio clínico se mezcla en él con la sencillez propia de la verdadera sabiduría. Siempre dispuesto a ayudar a un enfermo, la medicina en él es una verdadera vocación, que se expresa con naturalidad en su vida diaria. Estudioso, como debe ser todo internista, gran lector y al tanto del acontecer en todos los campos. La forma profundamente humana con que se acerca a sus pacientes, hace que ellos rápidamente establezcan una relación de confianza, pero a la vez de respeto. Lo mismo sucede con sus estudiantes y residentes, quienes además muy pronto desarrollan hacia él un profundo afecto. En mí la influencia del doctor Mora ha sido muy profunda, aún hoy, cuando infortunadamente lo veo muy poco, siempre recuerdo sus enseñanzas y su ejemplo como, estoy seguro, sucede a todos sus discípulos.

Cuando llegué al Hospital Militar hacía poco había regresado de Estados Unidos un médico joven que se hacía notar fuertemente en el departamento de medicina interna. Era Hernán Torres Ireguí, el hijo de mi profesor de matemáticas en el Gimnasio Moderno, don Carlos Arturo Torres, gran docente y pedagogo. Hernán posee una inteligencia privilegiada y una gran vitalidad que se manifestaba como un ciclón en aquellas épocas y asumo que todavía en las actuales. Gran madrugador, heredó de su padre la vocación por la docencia, que su mente estructurada y ordenada le confiere la característica de profesor preciso y profundo.

Hernán no pasa desapercibido, porque es intolerante con la pereza y la mediocridad y exigente con sus colaboradores, lo que no suele gustar a quienes no han entendido que la medicina requiere dedicación, disciplina y esfuerzo. Los pacientes saben que quien está frente a ellos es un médico de conocimientos sólidos, con gran criterio clínico y de de-

cisiones precisas y oportunas. Sus innumerables discípulos lo recordamos con admiración por su gran capacidad de trabajo y sus grandes enseñanzas.

En un arranque prematuro le dio por declararse jubilado intelectualmente, solo por haber recibido una modesta y merecida pensión de jubilación. Anduvo por diversos lugares haciendo esfuerzos para que su mente cambiara el ritmo de su acelerado funcionamiento, pero el calor, el ganado y el mar le demostraron que todavía tenía mucho por hacer por los enfermos, por la medicina y por los médicos y para fortuna de todos nuevamente se encuentra activo en el Hospital Militar, cuyo Departamento de Medicina interna dirigió acertadamente durante muchos años.

Ernesto Laverde Téllez era el internista “puro” de la época, es decir sin sub especialidad que le distrajera de la clínica general. Dueño de una cultura y una memoria envidiables, para él cada paciente que llegaba una noche era la oportunidad de dar una clase sobre cualquier tema, en el que se iban horas enteras, así fuera que la noche ya se terminaba y despuntaba el amanecer y todos debíamos estar poco tiempo después listos para nuestras actividades matinales. Porque en aquellas épocas los médicos en formación trabajábamos para aprender y no requeríamos compensatorios ni límites de horas a la semana, muy por el contrario, siempre teníamos la sensación de que nos faltaba tiempo para adquirir mayores destrezas y experiencia.

Ernesto siempre ha sido miembro muy activo de la ACMI, ha estado en diversas ocasiones en sus juntas directivas, colaboró en Acta Médica desde su inicio, presidió el Capítulo Central entre 1980 y 1982 y sucedió al inolvidable Víctor Hernán Dueñas en las artes de conformar listas y lograr votaciones en las asambleas para elegir dignatarios de la Asociación.

Mi vinculación a la ACMI ocurrió por invitación de Jaime Campos Garrido; ingresé como Miembro de Número el 23 de mayo de 1976, muy poco después de haber terminado mi especialización en Medicina Interna. Acompañé a Jaime como secretario durante su presidencia del Capítulo Central, cargo en el que lo sucedí y ejercí entre 1978 y 1980. A nivel nacional fui secretario entre 1980 y 1984 y presidente entre 1984 y 1986, período en el cual tuvo lugar el Congreso Internacional de Medicina Interna en Bogotá; de aquella época también data el programa de “Excelencia en Medicina Interna”. Durante 19 años a partir de 1980, acompañé a Fernando Chalem como Editor Asociado de Acta Médica Colombiana, hoy acertadamente dirigida por Paulo Emilio Archila. Ahora, ya en el ocaso de mi vida, como miembro “Emérito” permanezco atento a su actividad y asisto en lo posible a sus eventos.

Con Jaime Campos entablé una amistad que hoy continuamos cultivando. Muy destacado gastroenterólogo, ejerció muchos años en el Hospital San Juan de Dios en donde promovió su especialidad y la endoscopia digestiva. Producto de la escuela francesa siempre incluyó importantes profesores franceses en cursos y congresos. Ejerció la presidencia de

la ACMI entre 1986 y 1988, fue Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, culminando así su brillante carrera académica; también fue fundador y muy activo promotor de la Asociación Médica de Bogotá.

Difícil encontrar alguien que haya hecho más por la medicina interna, por la ACMI y por los internistas que Fernando Chalem Benatar. Este reumatólogo nacido en Egipto, especializado en Francia y más colombiano que todos, fue presidente de la ACMI entre 1976 y 1978, primer presidente del capítulo central entre 1974 y 1976, padre, gestor, editor y alma de Acta Médica Colombiana por muchos años, además de Editor Emérito luego de su retiro. Presidente del Congreso Mundial de Medicina Interna de 1986 y de la Federación Internacional de Medicina Interna entre 1986 y 1988.

Chalem era hombre de una extraordinaria energía creadora, incapaz de vivir sin estar trabajando, impulsando algún nuevo proyecto o simplemente completando uno ya iniciado. Para él las noches eran demasiado cortas y los días de la semana insuficientes. Profundamente humano, afectuoso y generoso, su amistad no conocía ningún límite, su tiempo alcanzaba para todo y para todos: familia, amigos, revista, congresos, Instituto de Reumatología y discípulos.

Fui su amigo cercano durante muchos años hasta su muerte y lo acompañé en cuanto empresa me invitó porque su entusiasmo contagiaba irremediamente. Fue gracias a esa energía inagotable que ideó y sacó adelante a Acta Médica Colombiana, a la que dedicamos muchas noches y amaneceres de nuestras vidas. Fue así que organizó congresos nacionales, regionales o mundiales, en lo cual nadie le superaba. También fue capaz de entusiasmar a su colega reumatólogo y gran amigo Jorge Escandón, miembro fundador de la ACMI, Editor de Acta Médica y por muchos años su jefe de redacción; a Jaime Campos y a mí, para emprender la quijotada de sacar adelante el proyecto de un texto de medicina interna que tuviera un carácter verdaderamente nacional.

El libro se hizo realidad gracias a su optimismo desbordante que hacía imposible que algo no llegara exitosamente a su final. “Medicina Interna” apareció en su primera edición en 1986, circuló además de Colombia en México, Ecuador y algunos otros países. Chalem siempre fue el motor detrás de las ediciones de este texto de Medicina Interna que tanto aprecian los internistas jóvenes. Muchas fueron las reuniones en su casa ya cuando la enfermedad le estaba ganando la batalla para trabajar en la cuarta edición, sacaba energías de donde no las tenía y en el curso de la reunión parecía estar en sus mejores tiempos, todo le parecía posible, nada le hacía retroceder. La vida no le alcanzó para ver la cuarta edición, pues su muerte en octubre de 2003, ocurrió cuando estábamos terminando la labor editorial.

Uno de sus últimos sueños fue crear una Editorial con el concurso de varios amigos, entre ellos Jaime Casasbuenas Ayala, otro gran internista, maestro de muchas generaciones y autor de varios textos médicos y Jaime J Ahumada pio-

nero de la medicina nuclear en Colombia; naturalmente yo también lo acompañé con entusiasmo. Así nació Exlibris, tal vez su última empresa.

Cuando ingresé a la ACMI era su presidente un gran médico, excepcional amigo y caballero a carta cabal. Roso Alfredo Cala era de esos médicos con porte, que con su característico modo de hablar, que combinaba un tono de voz suave con una intensidad siempre baja, obligaba necesariamente a sus interlocutores a prestarle atención a sus sólidos argumentos. Durante su presidencia nació Acta Médica Colombiana y siempre continuó muy activo tanto en la práctica de la nefrología como en la docencia. En los últimos años de su vida se trasladó de su natal Bucaramanga a Bogotá, donde falleció en el 2003.

Tres hematólogos escribieron parte importante de la historia de la ACMI y de la medicina interna nacional. Hernando Sarasti, mi inolvidable profesor en la Universidad Javeriana, internista que ha impresionado siempre por su formidable capacidad intelectual y por la clara organización de su pensamiento. He tenido la oportunidad de trabajar con él durante muchos años y siempre constituye un placer asistir a una de sus eruditas conferencias. Presidió la ACMI entre 1972 y 1974 y los dos primeros congresos nacionales, realizados en Bogotá en 1970 y 1972. También fue el primer Director Médico de la Fundación Santa Fe de Bogotá, donde su aporte fue fundamental en el desarrollo inicial de esta institución.

William Rojas hematólogo también, pero ante todo gran investigador y clínico destacado, presidió la ACMI entre 1968 y 1970. William tuvo la visión de agrupar a las sociedades médicas, encabezadas por la ACMI en la Asociación Pro Congreso de Medicina Interna para la realización del congreso bianual, que desde 1970, se viene realizando en forma ininterrumpida y cada vez más exitosa. Hombre de academia y permanente actividad intelectual participó en la creación de la Corporación para Investigaciones Biológicas (CIB) en Medellín, muy destacada por su actividad investigativa. Desde 1973 coordinó seis ediciones consecutivas, del texto “Fundamentos de Medicina”, conocido entre los estudiantes como la “Medicina Interna de los países”.

El tercero de los hematólogos, Alberto Restrepo Mesa fue presidente de la ACMI entre 1982 y 1984 y yo fui su secretario durante ese período. Entre las muchas cosas interesantes de este médico antioqueño estaba el haber sido uno de los pioneros de la aplicación de isótopos radioactivos en nuestro país, al haberlos empleado para estudios hematológicos.

Mi cercanía con Fernando Chalem me llevó a estar cerca de los reumatólogos en sus actividades académicas, fue así como conocí a Peres Starusta, presidente de la ACMI entre 1978-1980, destacado reumatólogo caleño, entusiasta organizador de congresos y activo miembro de la ACMI.

También han ocupado la presidencia de nuestra Asociación, Darío Maldonado gran neumólogo y docente, profesor en la Universidad Javeriana, hoy dedicado a la Fundación Neumológica Colombiana que existe gracias

a su empeño; Javier Molina connotado reumatólogo de Medellín; Hernando Matiz, cardiólogo y docente nato exrector y exdecano en la Universidad el Bosque, Roberto D'Achardi nefrólogo, mi amigo y compañero en el Hospital Militar y las dos mujeres que han presidido con éxito y acierto nuestra Asociación, María Nelly Niño de Arboleda y Dora Inés Molina. Adolfo Vera y Gustavo Márquez, internista y cardiólogo el primero e internista y diabetólogo el segundo, han sido importantes en mantener la vitalidad de la Asociación, como también lo hizo la acertada presidencia de Jairo Roa, neumólogo y Jefe del Departamento de Medicina Interna de la Fundación Santa Fe de Bogotá. Ahora comienza su presidencia Gregorio Sánchez internista general que ejerce en Armenia, dos condiciones que le confieren un perfil muy especial para la época.

De los grandes clínicos discípulos directos de Lambana Barreneche conocí en el ocaso de su vida a Alfonso Uribe Uribe, quién se había retirado de toda actividad excepto de su práctica clínica en su consultorio particular, que tenía en su propia casa situada en frente al colegio de San Bartolomé la Merced, tuvo la gentileza de dejarme muchos de sus pacientes cuando se retiró de la práctica poco antes de morir. Otro de los discípulos de Lombana, fue Carlos Trujillo Gutiérrez, a quien no conocí directamente, pero de quién sé gracias a su hijo José del Carmen Trujillo, también internista y miembro fundador de la ACMI.

Veinticinco han sido los presidentes de la Asociación desde su fundación, resulta evidente que quienes la presidieron en los primeros años fueron clínicos natos, que se distinguían mucho más como internistas que como especialistas, aunque la mayoría lo eran. En cambio, de un tiempo para acá el perfil es el contrario, se destacan más como especialistas que como internistas, con la notoria excepción ya mencionada del actual presidente.

Es hora de pensar en formar a nuestros residentes de medicina interna con mayor vocación clínica, con menor dependencia de los procedimientos de diagnóstico avanzado, con menor énfasis en las especialidades, con un mayor componente humanístico y con una sólida formación bioética. Para lograrlo será indispensable fortalecer los departamentos de Medicina Interna aumentando el número de internistas generales, para que por lo menos equilibre la cantidad de sub especialistas.

Para terminar este perfil humano de quienes han hecho la historia de la ACMI y de la medicina interna colombiana, quisiera recordar unas palabras del gran internista y pensador William Osler, quién al referirse a los grandes médicos del pasado afirmaba que no solo debíamos apreciarlos por sus obras sino también emular sus vidas: *“recordemos siempre que en la historia de ninguna otra profesión podemos encontrar un número tan grande de hombres que haya combinado preeminencia intelectual con nobleza de carácter”*